

Juárez y Sebastián Lerdo de Tejada ganaron las elecciones como presidente y vicepresidente, respectivamente. Sin embargo, liberales y militares que reclamaban sus antiguos derechos provocaron una serie de revueltas. La primera fue iniciada en Yucatán y a ésta siguieron otros levantamientos en San Luis Potosí, Zacatecas, Guadalajara y Orizaba.

Durante este periodo se reestructuró el pago de la deuda, tanto interna como externa. Las negociaciones estuvieron a cargo del ministro de Hacienda José María Iglesias, quien fuera sucedido por Matías Romero. Este último se encargó de equilibrar el presupuesto gubernamental y reactivar la economía del país. Romero también propuso algunas iniciativas al Congreso con la finalidad de estimular la actividad productiva, proporcionar más recursos al erario, simplificar los trámites tributarios y hacer más manejable la deuda pública. También logró recuperar para el Estado el derecho de amonedación, con lo que dio fin a los contratos con las once casas de moneda que existían en el país.

En 1871 se presentaron tres candidatos a la presidencia de la república: Juárez, Lerdo de Tejada y Porfirio Díaz. En la primera ronda electoral ninguno obtuvo la mayoría absoluta, por tanto, de acuerdo con lo establecido por la ley, el Congreso reeligió a Juárez, lo que provocó que surgieran inmediatamente sublevaciones. Una de éstas, la rebelión de La Noria en noviembre del mismo año, fue encabezada por Porfirio Díaz. En diciembre muere Benito Juárez y Lerdo de Tejada asume la presidencia, otorgando amnistía a todos los sublevados.

En conjunto, el libro toma como buen pretexto la correspondencia entre Matías Romero y Benito Juárez para describir de

manera elegante los acontecimientos que suceden alrededor de cada documento. Los textos reflejan una investigación muy rigurosa, detallada y profesional. No obstante, una crítica a la obra es que reitera el discurso de una historia protagonizada por grandes personajes, confirma la "grandeza" de un Benito Juárez siempre apegado a la ley, ensalza la pericia de Matías Romero para los lances diplomáticos y reaviva la "inefabilidad" de Santa Anna. Por otra parte, algo que hubiera sido deseable es que los autores nos sugirieran las nuevas vetas interpretativas de este episodio histórico que se pueden abrir con estos documentos epistolares. La obra constituye una aportación interesante en términos de uso de fuentes novedosas para reconstruir una historia ya conocida. Todo ello aderezado por una investigación iconográfica que mantiene, sin duda, la exquisitez que caracteriza las ediciones del Banco de México.

Gustavo A. del Ángel
CIDE

México en el Diccionario universal de historia y de geografía, edición coordinada por Antonia Pi-Suñer, UNAM, México, vol. III (Ida y Regreso al siglo XIX: La Contribución de Orozco y Berra).

El libro que aparece como volumen III de la serie consagrada por la bella colección *Ida y Regreso al Siglo XIX*, comenzada por iniciativa del doctor Vicente Quirarte en las publicaciones de la UNAM para recuperar valiosas producciones decimonónicas, es en realidad el cuarto volumen de los trabajos que la doctora Antonia Pi-Suñer y su equipo de investigación han

consagrado a la recuperación y la socialización en nuestro mundo cultural actual de una importante obra del siglo XIX: el *Diccionario universal de historia y de geografía* que fue editado en México entre 1853 y 1856. Diccionario que fue la primera obra de tipo enciclopédico publicada en nuestro país y constituyó, en su momento, el proyecto editorial más ambicioso llevado a cabo en la república mexicana después de su separación de la metrópoli hispana.

En nuestros días este diccionario, elaborado hacia mediados del siglo antepasado, se había vuelto una obra rara, y por lo mismo, era poco conocido, pues sólo algunos eruditos lo consultaban en las contadas bibliotecas que todavía lo conservaban como una valiosa joya en sus acervos. Por este motivo hay que celebrar el trabajo emprendido por la doctora Antonia Pi-Suñer y su equipo de investigadores para abocarse a la tarea de analizar y valorar dicha obra, difundiendo, en una forma accesible a los lectores de nuestro siglo, lo más útil de su contenido. Un primer resultado de este proyecto de investigación fue el libro *Catálogo de artículos sobre México en el Diccionario universal de historia y geografía*, formado por el equipo de investigación que hemos mencionado y publicado por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM en 1997. Éste se completa ahora con cuatro volúmenes más, publicados en la valiosa colección *Ida y Vuelta al Siglo XIX*, consagrados a aspectos específicos de esta extraordinaria mina de información que es el *Diccionario universal de historia y de geografía* mexicano.

El primero se concentra en la *universidad, colegios y bibliotecas*, es decir, el mundo de las instituciones de enseñanza decimonónica y su apéndice natural: los grandes repositorios de libros y documentos, sobre

los cuales estas instituciones fundaron los conocimientos que transmitieron.

El segundo recoge los aspectos *propriadamente científicos* del saber que encierra el *Diccionario* y se relaciona con la historia de la ciencia en nuestro país.

El tercero, el que presentamos aquí, está consagrado a la producción particular de Manuel Orozco y Berra, incluida en el Apéndice del *Diccionario* y a la personalidad de este historiador que fue responsable de coordinar la elaboración de dichos volúmenes y fungió como editor, en el sentido anglosajón de esta palabra, de sus tres gruesos volúmenes.

El título completo con el cual fue publicada la obra a la que nos referimos era *Diccionario universal de historia y de geografía, obra dada a luz en España por una sociedad de literatos distinguidos, refundida y aumentada considerablemente para su publicación en México con noticias históricas, geográficas, estadísticas y biográficas sobre las Américas en general y especialmente sobre la república mexicana*. Como lo indica este título, la edición mexicana retomó y amplió el *Diccionario universal de geografía e historia*, publicado en Madrid entre 1846 y 1848 por Francisco de Paula Mellado quien a su vez había tomado como base de sus trabajos el *Dictionnaire Universel d'Histoire et de Géographie* de Marie Nicolas Bouillet, publicado en París en 1842 con un enorme éxito, ya que se hicieron entre 1842 y 1869, año del fallecimiento de Bouillet, 20 reediciones de esta obra de consulta.

Uno de los méritos del *Diccionario universal de geografía e historia*, publicado por Mellado en Madrid, fue el haber adoptado una orientación nacionalista, pues en España sólo circulaban diccionarios franceses que se ocupaban poco de la península ibérica.

Es probable que los literatos mexicanos que promovieron la publicación del *Diccionario* en nuestro país —según Artemio de Valle Arispe, los que se reunían en “la librería de Andrade y Morales, en el portal de Agustinos de la ciudad de México”— hayan tenido un interés semejante. También se proponían reafirmar la identidad nacional de sus paisanos, e ilustrarlos, considerando que convenía repetir en su patria lo que Mellado había hecho allende el Atlántico. De suerte que al emprender una nueva edición del *Diccionario universal de historia y de geografía* en México decidieron, por un lado, sustituir muchos de los artículos de Mellado por otros nuevos que consideraron de mejor calidad y añadir al modelo español “las noticias históricas, geográficas, estadísticas y biográficas sobre las Américas en general y especialmente sobre la república mexicana” de las que habla el título completo que leímos. El resultado fue que el *Diccionario* publicado en México constó como el de su contrapartida española de siete tomos, pero bastante más voluminosos que los madrileños, e incluyó además, bajo el título de *Apéndice del Diccionario universal de historia y de geografía. Colección de artículos relativos a la república mexicana por los señores...*, otros tres tomos, enteramente consagrados a México, salvo las entradas reservadas a la Biblia.

Conscientes de que el proyecto que contemplaban difícilmente podía ser llevado a cabo por un solo individuo, los mexicanos decidieron abordarlo en conjunto, con el ánimo de que “el trabajo se dividiese”. La publicación fue anunciada por un prospecto que circuló en la capital y otras ciudades de la república, explicando que el trabajo emprendido debía ser de “compilación y no de creación” y que

se ocuparían en “fijar hechos” llamando “la atención sobre sus efectos” más que “indagando sobre sus causas”.

El diario *El Universal*, que se editaba en la misma tipografía en que empezó a publicarse el *Diccionario* —la de Rafael Rafael, un impresor de origen español—, insistía en que la edición de esta obra enciclopédica “era de suma importancia para la república por las noticias que comprenderá relativas a su historia, su geografía, a las circunstancias de su clima, y de sus habitantes” y la recomendaba “a todas las clases de la sociedad como la más útil, la más agradable y más importante de cuantas ha dado a luz hasta ahora la prensa mexicana”.

La publicación se hizo por entregas, generalmente semanales, que constaban de diez a doce páginas. Las suscripciones fueron la base del financiamiento de la edición, como era el uso común en esa época. Una vez coleccionadas las entregas se editaron uno por uno los diez tomos, apuntándose en las portadas quiénes eran sus colaboradores. En total 39 fueron acreditados, más otros 50 que firmaron sus participaciones sea con su nombre, sea con sus siglas. De estos últimos, 17 han quedado hasta ahora sin descifrar, como lo puntualiza con toda precisión y honestidad la doctora Pi-Suñer (p. xi).

Los colaboradores implicados en la realización del Apéndice al *Diccionario universal de historia y de geografía* pertenecen básicamente a dos generaciones de hombres de letras mexicanos, la de Lucas Alamán, que encauzó el país en las primeras décadas de la vida independiente, y la de Manuel Orozco y Berra, conocida como la de “la reforma”.

Hasta aquí hemos hablado de la obra en sí y de sus antecedentes, pasemos ahora

a la evocación del momento en que se publicó el *Diccionario*. La idea de formar una conciencia nacional, que presidió a la publicación en México del *Diccionario universal de historia y de geografía*, ya no era novedosa entre 1853 y 1856, pues desde los años treinta de aquel siglo había preocupado en gran medida a los hombres de letras de nuestro país. En medio de la gran inestabilidad política que caracterizó el periodo al que nos referimos, ellos habían formado diversas asociaciones culturales y promovido la edición de revistas periódicas, cuyo fin había sido el de acopiar una información y valores comunes, difundiéndolos hacia un público lector en plena expansión. Recordemos la fundación, en 1836, de la Academia de Letrán; de El Ateneo, en 1843, y de La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, en 1849, que resultó de la fusión de dos asociaciones científicas creadas con anterioridad con el apoyo gubernamental, el Instituto Nacional de Geografía y Estadística, que inició sus labores en abril de 1833, y la Comisión de Estadística Militar, nacida en septiembre de 1839. Mencionemos también el Liceo Hidalgo, fundado un poco más tarde, en 1851, que también se benefició del apoyo oficial, bajo la forma de una subvención gubernamental inicial.

Algunas de estas instituciones se esforzaban en sostener como sus portavoces alguna revista que publicara los trabajos de sus miembros, dándolos a conocer al público en general. A su vez los editores mexicanos, atraídos por las posibilidades de consumo abiertas por un mercado naciente de lectores, ávidos de conocimientos nuevos y de participación en el proceso de construcción de la entidad política independiente, se abocaron a impulsar pu-

blicaciones periódicas culturales que enriquecieron el acervo editorial mexicano como *El Año Nuevo*, *El Mosaico Mexicano*, *El Museo Mexicano*, *La Revista Científica y Literaria*, *La Ilustración Mexicana*, donde se manifestó la preocupación por reseñar y valorar lo propio y promover la curiosidad hacia las innovaciones surgidas en el mundo exterior que podían ser integradas en la vida de la nueva república.

Conviene recordar que la nueva nación mexicana se había enfrentado en los primeros decenios de su existencia a las embestidas de la codicia externa, manifiesta en los intentos de reconquista españoles, por suerte fracasados. O a través de las presiones de otras potencias que querían obtener condiciones preferenciales de mercado, como Francia, que no vaciló en bloquear militarmente el acceso al puerto de Veracruz, protagonizando la llamada guerra de los Pasteles, en alusión a las exageradas reclamaciones de indemnización de un pastelero francés, establecido como otros comerciantes de su nacionalidad en el suelo de la república. Asimismo, México tuvo que enfrentar las ambiciones territoriales primero de los colonos texanos quienes, apoyados por Estados Unidos, no tardaron en declarar unilateralmente la autonomía política de su territorio. Posteriormente el propio gobierno estadounidense, en su fase de expansionismo agresivo, intentó comprar porciones enormes del territorio nacional. Rechazado en esta pretensión, Estados Unidos declaró la guerra a nuestro país, respaldado por la superioridad de su armamento y la inmensidad de un territorio poco poblado que la administración mexicana no controlaba realmente. La derrota mexicana en esta guerra, consumada en 1847 por la toma del castillo de Cha-

pultepec durante la batalla de Molino del Rey, marcó un hito no solamente en nuestra historia política y militar, sino en la sensibilidad nacional. Después de la ocupación de la capital por el ejército estadounidense, que obligó al gobierno mexicano a establecer su sede en Querétaro y a firmar, en 1848, el tratado de paz de Guadalupe Hidalgo, que registró la pérdida de la mitad del territorio nacional, quedó claro para todos los mexicanos que era indispensable defender su país de los ataques exteriores y fomentar una mayor conciencia nacional. Durante los años de la posguerra se editaron varias obras que intentaban, por una parte, explicar la derrota, como *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos*, o bien destacar y difundir las particularidades mexicanas. En 1851 Luis de la Rosa, primer embajador mexicano en el vecino país del norte después del desastre militar, inició en Nueva York la publicación de su *Biblioteca económica de México. O colección de datos, noticias y observaciones sobre la geografía física del país, sobre su estadística, su riqueza, necesidades y recursos y sobre la administración pública en todos sus ramos*, concebida como una sistematización recapitulativa de la información especializada sobre nuestro país. En 1853, apareció la obra *Los mexicanos pintados por sí mismos*, libro que, siguiendo la pauta de obras de título similar publicadas en Londres o en París, describía los tipos peculiares de la vida mexicana al mediar el siglo. Entre 1855 y 1856 salió de las prensas la obra *México y sus alrededores*, que ofrecía una colección de vistas, trajes y monumentos nacionales. Como lo señala el equipo de investigadores de la doctora Pi-Suñer, la publicación del *Diccionario universal de historia y de geografía* debe ubicarse en este

movimiento de recuperación y vivificación de una conciencia nacional que ilustra claramente una frase de la Introducción del *Diccionario*:

Cuando por todas partes del mundo se nos desconoce, y se nos calumnia; cuando nosotros mismos no sabemos ni nuestros elementos de riqueza, ni nuestras esperanzas de progreso, ni nuestros recuerdos tristes o gloriosos, ni los nombres que debemos respetar o despreciar; una obra que siquiera ensaye pintar todo esto, que intente reunirlos en una sola compilación, que se proponga juntar las piedras dispersas de ese edificio por formar, merece incuestionablemente la aprobación y el apoyo de cuantos han nacido en este suelo.

Acerquémonos ahora al personaje central del libro que se presenta hoy: el historiador Manuel Orozco y Berra. En el sólido Estudio introductorio que abre la obra y se debe al trabajo conjunto de Aurora Flores Olea, de Miguel Ángel Castro y de Otón Nava Martínez, se establece una semejanza que muestra el recorrido profesional de nuestro protagonista en diversas instituciones culturales de su tiempo. También sigue su trayectoria política tanto en la época republicana como en los tiempos del imperio de Maximiliano de Habsburgo, con el cual Orozco y Berra colaboró activamente en razón de sus convicciones moderadas. No me puedo extender en el comentario de esta parte biográfica porque deseo dar la mayor importancia al análisis desarrollado por los autores del Estudio introductorio de las diferentes facetas del trabajo de Orozco y Berra en el *Diccionario*, mismas que pueden considerarse como cepas precursoras de sus obras posteriores, por ejemplo su

famosa *Historia antigua y de la conquista de México*.

En primer lugar los tres coautores recalcan la formación de geógrafo de Orozco y Berra, su conocimiento práctico de las particularidades topográficas de su país que había recorrido físicamente, sobre todo en su región central. Ello se puede palpar, por ejemplo, en el artículo que consagra en el *Diccionario* a reconstituir el itinerario seguido por Cortés para desplazarse de Veracruz a la ciudad de Tenochtitlan, texto en el cual el autor se ayuda, para descifrar la toponimia referida en sus fuentes, con su conocimiento de las lenguas indígenas y de su pronunciación. De esta notable formación básica —en nuestros días ya poco común, lamentablemente—, y como consecuencia de la disposición natural de don Manuel para las matemáticas, se deriva su competencia en el campo estadístico que le permitirá manejar con pertinencia consideraciones relativas a las producciones agrícolas, comerciales o mineras de Nueva España durante la época colonial, evocadas en el *Diccionario* y que sobresalen en su estudio sobre la historia de la moneda en México.

Asimismo, el Estudio introductorio nos invita a advertir las continuidades en la obra de Orozco y Berra, haciendo perceptible su consistencia y descubriendo con fineza, en función de ciertas circunstancias de su biografía familiar, la razón de la recurrencia de las temáticas relativas a la guerra de Independencia —en la cual participó activamente el padre de don Manuel— que podrían resultar quizás inesperadas bajo su pluma si se considerara solamente la orientación conservadora de sus ideas.

El método de trabajo que sigue Orozco y Berra consiste, las más de las veces,

en presentar al lector un bosquejo de la sociedad que pretende evocar, después pasa a tratar con lujo de detalle el episodio sobre el cual quiere centrar la atención, analizando las implicaciones generales de sus diferentes aspectos. Los somete entonces o bien a una crítica directa o bien a un examen comparativo, para expresar finalmente su apreciación personal, y acaba refiriéndose a sus fuentes documentales o los libros que consultó para realizar su trabajo.

Los coautores del Estudio introductorio señalan, también atinadamente, el aspecto novedoso de ciertos artículos elaborados por nuestro historiador, que se anticipan a tendencias futuras de los trabajos históricos, por su significación social, como el artículo sobre las “conjuraciones de los negros” durante la colonia, o bien temáticas de desarrollo relativamente reciente en México como puede ser la crítica de arte.

De hecho Orozco y Berra abordó en el *Diccionario* todas las etapas de la historia de México, la prehispánica, la colonial, la de la guerra de Independencia, y de la época independiente, haciendo gala de un dominio amplísimo de las fuentes más variadas y de una gran habilidad para extraer de las más insignificantes, en apariencia, datos verdaderamente significativos.

Después de esta parte analítica, el libro ofrece una selección de textos de la pluma de Orozco y Berra y entresacados del *Diccionario*. Esta antología, hábilmente compuesta, permite comprobar las afirmaciones vertidas en el Estudio introductorio, tanto en lo que se refiere al carácter y a la personalidad de Manuel Orozco y Berra como a su manera de historiar. Dichos textos ofrecen al lector actual la posibilidad de entrar directamente en

contacto con la retórica y la capacidad narrativa de uno de los grandes historiadores del siglo XIX, y de apreciar la riqueza de un campo de los estudios históricos hasta ahora poco desarrollado en México: la historia cultural.

Nicole Giron
INSTITUTO MORA

José Ronzón, *Sanidad y modernización en los puertos del Alto Caribe. 1870-1915*, Miguel Ángel Porrúa/Universidad Autónoma Metropolitana, México, 2004, 187 pp.

Sanidad y modernización en los puertos del Alto Caribe. 1870-1915 es un texto que incorpora, en una apretada síntesis, diferentes enfoques de las ciencias históricas: historia de las relaciones internacionales, historia económica, e historia social de la cultura y de la ciencia. La propuesta de Ronzón es novedosa al plantearse explicar la interdependencia y la causalidad en los proyectos sanitarios diseñados y ejecutados en los puertos del Golfo de México, el poniente de Cuba y el sureste de Estados Unidos, y su repercusión en el ámbito de la política exterior, así como su expresión en la sociedad, la cultura y la ciencia médica, a lo largo de más de cuatro décadas de estudio, de 1870 a 1915.

En la introducción, J. Ronzón define la región conformada por el Golfo de México, el sureste de Estados Unidos y el poniente de Cuba como Alto Caribe, un espacio geográfico de relevancia geopolítica para Europa y Estados Unidos a lo largo de la presente y pasada centurias, también una zona donde se disputaban el control marítimo los imperios de antaño y de hoy. El lector de esta obra po-

drá comprender cómo este conjunto de países (México, Cuba y Estados Unidos) experimentó cambios económicos, políticos y científicos de trascendencia en su desarrollo futuro. Tales cambios acentuaron el desigual nivel de desarrollo de los países objeto de estudio. Se trata de transformaciones que permitieron al autor analizar tanto el proceso de conformación de un proyecto sanitario regional como la construcción de imaginarios de los diferentes sectores sociales de esta amplia región hacia las medidas gubernamentales establecidas para combatir los cuadros de enfermedades y pandemias que azotaban a la población, basándose en testimonios documentales de carácter gubernamental, provenientes de archivos de México, Cuba, España y de Estados Unidos.

Otro aspecto que el lector podrá valorar es que, a lo largo del texto y de manera precisa y clara, se muestra cómo las políticas sanitarias, las expresiones socioculturales ante los brotes epidémicos y las medidas legislativas, así como los proyectos sanitarios y de modernización urbana, obedecieron a coyunturas y a intereses económico-comerciales específicos.

En aras de ilustrar mejor esta propuesta de investigación, resulta conveniente citar en extenso uno de los planteamientos hipotéticos del texto de Ronzón, que a la letra dice:

debido a la conjunción de varios aspectos como el desarrollo científico –concretamente en el campo de la medicina–, el interés geopolítico y el impulso mercantil experimentado en el Alto Caribe, en la región se vio favorecido el contexto sobre el cual se articuló una propuesta de saneamiento y desarrollo político-económico. Por ello, los países de la región impulsaron políticas